

Palabras para Emilio Carballido

Ricard Salvat

La forma en que nos conocimos, Emilio, no fue, curiosamente, demasiado afortunada. Me ha pasado con mis mejores amigos. Viniste a ver la última representación en el Jiménez Ruda de *Notte di guerra al Museo del Prado*, de Rafael Alberti, y fuiste muy generoso con tus elogios sobre nuestro trabajo. No sé si recordarás que todas las funciones estaban llenas de exiliados, sobre todo castellanos, que quedaban muy desencantados cuando se enteraban de que la obra se hacía en italiano y no en castellano. Cuando algunos vinieron a protestar, tú saliste en nuestra defensa. Nadie les había contado que este texto estaba absolutamente prohibido en España, y que la compañía italiana invitada en el II Festival Cervantino de Teatro de Guanajuato, se había atrevido a hacerla en Roma y, por lo tanto, actuaba en su lengua.

Entre los que vinieron a saludar, también estaba el Maestro Luis Gimeno. Tú dijiste que tenías muchas ganas de hablar conmigo, y me citaste al día siguiente, que era un día en el que la compañía libraba, un lunes. Me gustó, naturalmente, que tuvieras interés en hablar conmigo, porque ya entonces te admiraba mucho y ya eras para nosotros todo un referente. Tú sólo tenías libre la noche. Te dije que al día siguiente no podía quedar, porque yo tenía mucho interés, muchísimo, en conocer a Ofelia Guilmain que en aquel momento estaba representando una tragedia griega con Ignacio López Tarso, *Hipólito* de Eurípides dirigida por José Solé. No podía irme de México sin saludarla, ya que ella no había podido venir a nuestro teatro porque estaba actuando. Tú dijiste que no había problema, que vendrías conmigo al teatro y después hablaríamos. Mientras conveníamos la cita, el maestro Gimeno me preguntó si él también podía venir, y eso me extrañó. Naturalmente, le dije que estaríamos encantados de que nos acompañara. Al día siguiente, él llegó puntualmente al teatro y estuvimos hablando, esperando a que tú vinieras. Iba a empezar la obra y el Maestro Gimeno me dijo que entráramos, que tú ya te unirías a nosotros. Dije que compráramos una entrada para ti y el gran actor me contestó que tú no tendrías ningún problema para entrar. Pasamos a la sala, quedé maravillado con el trabajo de Ofelia y Tarso y el esfuerzo de la Asociación Helénica —no recuerdo exactamente si éste era su nombre— que montaba obras clásicas griegas con todo el rigor. Allí conocí por primera vez un trabajo de José Solé, con quien acabaríamos haciendo una gran amistad.

Tú no llegaste nunca y, cuando ya habíamos acabado de saludar a Ofelia, Gimeno, que me acompañó hasta el taxi, me dijo: «Ahora, te quiero explicar las razones por las cuales yo me invité a venir hoy contigo. Yo comprendí que Carballido no vendría, y que tu no sabías las reglas del juego social mexicanas y te habrías esperado toda la noche». Yo no comprendí nada y me quedé muy sorprendido. Después, vinieron las idas y venidas de la *tournee* de la compa-

ña italiana, que era absolutamente loca porque nos obligaban en cada *bolo* a volver a la capital y después salir nuevamente de viaje hacia una ciudad a menudo muy cerca de la que acabábamos de visitar. Recuerdo que María Casares también iba loca con su espectáculo, y nos moríamos de la risa cuando lo comentábamos. En alguna de estas estancias en México City, como algunos creo que le llamaban entonces, coincidimos, y aún me sorprendió más que no me dijeras nada sobre aquel lunes en el que habíamos quedado citados. Yo, formado, como tú sabes en Alemania, no comprendí tu actitud y pensé que no te interesaba nada que hiciéramos amistad. Me parece que, o Rafael López Miarnau o José Miquel de Mora —sí fue uno de los dos— me contó que cuando uno acuerda una cita tiene que conocer el tono de voz en el que ésta se establece. Entonces me di cuenta de lo que tú habías hecho y cómo lo habías dicho, que tenías la voluntad de conocerme pero que en aquella ocasión era improbable.

Pasaron los años, coincidimos en congresos en México o en el estado español, y acabamos teniendo una gran amistad. Yo he admirado muchísimas cosas de tu forma de ser como persona y como profesional. He ido descubriendo que eras capaz de una generosidad absolutamente extraordinaria. Nadie, me atrevería a afirmar, ha hecho tanto para ayudar a los jóvenes, a los creadores que han venido después de ti. Supongo que la mayoría de las veces no te habrán devuelto ni remotamente los infinitos favores que has hecho, muy al contrario. Viendo lo que ha pasado contigo en México, siempre he recordado aquellas palabras de Bernard Shaw cuando un colega le comentó que un joven autor hablaba muy mal de él. El Maestro inglés contestó: «Pues mira que raro, porque a éste no le he hecho ningún favor». El hecho es que, por ejemplo, he visto que este año no estabas en la Muestra Nacional de Teatro, y sí que estuviste en el año 2005 en la de San Luis Potosí con *Escrito en el cuerpo de la noche*, donde explicabas una penetrante historia de amor, imposible por las muchas convenciones sociales. Me di cuenta en Zacatecas de que hay como una necesidad de olvidar el pasado. Aquí, en mi país, aún es peor: no lo olvidan, lo han borrado totalmente. Pero, sobre este tema, ya habíamos hablado ampliamente.

Siempre me admiró la gran ductilidad creativa que mostraste. La gran pasión por el hecho teatral en todos sus planos, con todas sus infinitas epifanías. Trataste todos los géneros, todas las dimensiones del teatro. Tu obra, leída en cierta totalidad, resulta ser una aportación fuera de medida. A ver cuando se editan tus obras verdaderamente completas, no aquellas tan bien escogidas que me regalaste en tu hermosa casa de Xalapa.

Teníamos muchas cosas en común, y una de ellas era nuestra *cinefilia* exasperada, con nuestro especial interés por el cine mexicano de los años cuarenta y cincuenta. Tú lo sabías todo sobre el cine y me aconsejabas sobre lo que tenía que ver. Recuerdo que la última vez que estuvimos juntos me llenaste de vídeos para que me pusiera al día. También realizaste una actividad como guionista cinematográfico, larga y admirable. A la vez, tuviste el arte de ser una persona de universidad total, un animador de empresas pedagógicas de primera categoría y, al mismo tiempo, fuiste, como ya he indicado antes, un total hombre de teatro. Supiste unir y fundir en una realidad superior el mundo de la universidad con el mundo del espectáculo. Cuando vi el sugestivo trabajo de *Odio a los putos mexicanos* de la compañía de la Universidad de Xalapa, Veracruz, me dije que si tú no hubieras sido fiel a tus ambientes de origen no se hubiera podido producir al nivel tan alto que tenía el espectáculo de LEGOM.

De las muchas veces en que coincidimos, hay dos que recuerdo especialmente. Una de ellas fue la de El Cairo, siguiendo el Festival Internacional de Teatro Experimental. Ir juntos, Héctor, tú y yo al teatro, visitar aquel castillo maravilloso que hay cerca de la Ciudad de los Muertos, perdernos por las calles de Han-el-Halili, tomar café en el Café de los Espejos y pedir la misma mesa donde dicen que trabajaba Naguib Mahfuz... Fueron unos días absolutamente inolvidables.

También lo fueron los diez días muy enriquecedores y sugestivos, en los que por gentileza tuya, en el año 2001 conocí Xalapa, tu casa, tu universidad, tus amigos, tus discípulos. Pero, sobre todo, a tu gran amiga Luisa Josefina Hernández. Me invitaste al premio de tu revista, la que fundaste en el año 1975, *Tramoya*. Pusiste en el jurado también a Senel Paz, el gran creador de *Fresa y Chocolate*, un cuentista de excepción y una persona de una gran sensibilidad y educación. Aquellos inolvidables diez días pasados con todos vosotros, en un hotel lleno de personalidad. Las largas charlas, poder asistir a las discusiones estéticas que teníais Luisa Josefina y tú, la divertida forma como os tratábais, y amistosamente os peleábais, fue una fiesta intelectual que siempre recordaré. Gracias a ti y a Luisa Josefina, pude asistir a uno de los mayores ejercicios intelectuales que he vivido durante mi vida.

Gracias a esa experiencia se pudo realizar el primer número de nuestra revista dedicado a México. Allí publicamos *La prisionera*. En esa decisión, Luisa Josefina y yo estuvimos absolutamente de acuerdo. La considerábamos una de tus mejores obras, sino la mejor. Y no fue nada fácil hacer la elección, porque tu producción es muy amplia. También entre los tres elegimos las piezas de la gran profesora y autora. Como recordarás, fueron *Los dos mundos* y *El demonio chino*.

La última vez que hablé contigo, fue el domingo 25 de noviembre de 2007. Desde Zacatecas yo te había perseguido y, al fin, te encontré. Estuviste especialmente cordial y tierno, pero te noté muy cansado. Quedamos que muy pronto nos veríamos pero, desgraciadamente, eso no será posible.

Si tú ayudaste a que hiciéramos el primer número de nuestra revista dedicado a México, indirectamente también has hecho posible el actual. En este último intentamos establecer un panorama de gran parte de lo que está sucediendo en México. Yo creo que toda la riqueza actual, toda esta fusión entre el mundo de la universidad y el mundo del teatro —Luisa Josefina también fue pionera— está dando sus frutos. También la descentralización. Tú fuiste un hombre de teatro de México, pero también lo quisiste ser de Xalapa. Trabajaste en dos frentes fundamentales y en el fondo, te lo supiste arreglar con gran sabiduría e hiciste que se complementaran. Pero hiciste posible también que la gente se diera cuenta de que en los ambientes alejados de los «círculos de la Condesa», como los llama Víctor Hugo Rascón Banda, también es posible hacer teatro.

Rica, luminosa, brillante, inteligente, generosísima, toda tu trayectoria, Emilio. Aquella luz que irradiabas seguirá iluminándonos durante mucho tiempo, a la gente de tu país y a la de los otros que también te hemos admirado y te seguimos admirando.

Cuando llamé a Héctor para expresarle mi pésame, me dijo que él seguiría con la revista *Tramoya* y hablamos de muchas cosas referentes a ti. Le dije que se tiene que luchar para que en tu casa o en algún sitio de la ciudad de Xalapa, se cree una fundación que recoja toda tu

obra, todos tus manuscritos, documentos, cartas, posibles inéditos, que seguro debes tener. Porque, Emilio, el hecho es que tú resumes toda una época, la de la segunda mitad del siglo xx de tu país.

He leído algunos de los artículos que te han dedicado. Los he encontrado emocionantes y de gran rigor. Pero uno de ellos, el de Carlos Pau, me ha conmocionado especialmente, porque dice que tu teatro «igual que el mar, murmura grandeza».
